

REVISTA DE LIBROS

El agnosticismo, de JULIÁN VELARDE. MADRID, EDITORIAL. TROTTA, 1996, 112 pp., 1.000 PTA.

El término “agnóstico” se suele emplear para señalar una determinada posición en materia religiosa. El agnóstico es, en tal sentido, el que no cree, una nueva versión del necio (*insipiens*) del que hablaba San Anselmo. Desde entonces ha llovido mucho y los papeles se han ido trastocando hasta tal punto que, ironías aparte, los necios han devenido sabios y los sabios necios. El libro de Julián Velarde nos presenta la figura histórico-cultural del agnosticismo rigurosamente analizada tanto en su contexto genético como en su significado teórico y filosófico. El principal acierto de tal análisis parece consistir en haber asociado estrechamente el término agnóstico con el movimiento filosófico-científico positivista que se abre paso en la segunda mitad del pasado siglo. Pues en él precisamente se sitúa la acuñación, por el darwinista T. H. Huxley en 1869, de los términos *agnóstico* y *agnosticismo*, como antitéticos a los términos *gnóstico* y *gnosticismo* generados en los primeros siglos de la historia de la iglesia cristiana. Huxley, verdadero *bulldog* de Darwin, establece dicho término en el contexto de la polémica ciencia/religión que generó en Inglaterra la teoría de la evolución: “El encontronazo —fuera o no, exactamente como se cuenta— entre Huxley y el obispo Wilberforce en 1860, durante el congreso de la *British Association* en Oxford constituye todo un símbolo de las relaciones entre la ciencia y la religión en el siglo XIX; era el vapuleo de Wilberforce, representante de la Iglesia, un hombre de Dios, por Huxley, abogado de la nueva ciencia, el darwinismo. En un ambiente socialmente selecto, con damas incluidas, el obispo, buscando el flanco del pundonor familiar, preguntó a Huxley si como convencido evolucionista prefería considerarse descendiente de un mono por parte de padre o por parte de madre. La réplica de Huxley fue que prefería tener por antepasado a un mono que a un obispo que utilizaba su privilegiada posición para pronunciarse sobre materias de las que no sabía nada en absoluto. Esta anécdota ha sido frecuentemente aducida como símbolo, no sólo del conflicto entre darwinismo y Biblia, sino también de la victoria de la ciencia sobre la religión” [p. 22].

El autor propone interpretar la cuestión del agnosticismo reivindicado por Huxley como una cuestión que pide un contexto de interpretación estrictamente filosófico, resultado no ya de una u otra posición religiosa surgida de la disputa entre ateos y creyentes, sino de su relación con el desarrollo pujante de una rama de la filosofía moderna, la teoría del conocimiento: “El *factum* de la ciencia establece límites al conocimiento (humano). No se trata, pues, de un escepticismo global (a la manera de Hume), sino de la situación en que se cae cuando se traspasan ciertos límites [...]. La ciencia permite dentro de sus límites un auténtico conocimiento; fuera de ellos, lo que hay no es conocimiento. El agnosticismo así entendido es una teoría o doctrina filosófica, no sobre lo que el hombre (la mente humana) es capaz de conocer —como fre-

cuentemente es presentado por los teístas, a fin de llevar el agua a su molino— sino sobre lo que es, o no, conocimiento” [p.21]. El agnosticismo pasaría así a caracterizar a todo un movimiento o actitud filosófica, el positivismo, que se opondría a una tradición metafísica moderna, sea religiosa o atea —desde el tomismo, pasando por el hegelianismo hasta el propio marxismo— que queda descalificada como dogmática por no plantear la cuestión previa del alcance y límites del conocimiento en relación con las ciencias. A nuestro juicio se configura con el positivismo a partir de Comte, una oposición a los dogmatismos religiosos o políticos, bautizados ahora como filosofías negativas, puramente racionales en el mejor de los casos, pero sin base experimental firme y segura; una oposición muy similar, cambiando los términos, a la que representó el escepticismo de Pirrón en la filosofía helenística, al enfrentarse con los dogmatismos que entonces representaban el estoicismo y el epicureísmo sucesores del aristotelismo.

Se podría decir entonces que el agnosticismo, tal como lo presenta Velarde es el escepticismo de la modernidad. El tan mentado escepticismo de Hume sólo sería un mero *revival* del antiguo. El agnosticismo, sin embargo, es un escepticismo relativizado pues, con el desarrollo de las ciencias modernas, ya no cabe seguir dudando en general de la capacidad humana de conocer, pero sí se puede hablar de sus limitaciones, etc. Schelling, uno de los antecesores ilustres del giro positivista en filosofía, con su propuesta de una filosofía positiva, realizada en la misma época que Augusto Comte, ya señaló entonces, en polémica con el absolutismo hegeliano, un sentido profundo del escepticismo antiguo, que sin embargo se había olvidado con la puesta en primer plano de la incapacidad de conocer, de la duda: “La palabra *skepsis* no significa duda, sino volver la cabeza, reflexión, buen sentido. Todo saber en el que no se da un movimiento necesario, involuntario y no intencional, como, por ejemplo, se da en la geometría, se rige por la *skepsis*. El verdadero y auténtico escepticismo no es algo externo a la filosofía positiva, sino un elemento constante e interno a la misma. El escepticismo no es algo que se encuentre antes de, o en el exterior de, la filosofía y que se deba ante todo superar para dar comienzo a la filosofía, sino que es algo esencial incluso para la verdadera filosofía. Puesto que el principio de la filosofía positiva no es algo demostrado, sino algo a probar continuamente, entonces no se puede dar aquí ningún progreso desde algo primero demostrado a un segundo, donde el pensamiento precedente es aplastado por el peso del siguiente. Donde la ciencia *entera* es la prueba de su principio, aquí está la ciencia entera oscilando libremente entre saber y no-saber, es decir flota en la duda y, con todo, sin embargo progresa” [*Grundlegung der positiven Philosophie*, Turín, 1972, pp. 404-5].

Ni Schelling ni Comte expulsaron a la religión de su horizonte filosófico, pero a partir de los seguidores ingleses del positivismo —Stuart Mill, Spencer, Huxley— se radicaliza el positivismo hacia el agnosticismo. Jacobo Muñoz caracteriza muy precisamente, en el prólogo al libro que reseñamos, la posición del autor, como inmersa en una tradición que percibe como rasgo central el “inmanentismo” del conocimiento científico, según el cual no se debe “buscar la explicación ‘científica’ de los fenómenos sino en otros fenómenos, en el mundo y no en instancias ajenas o superiores a él” [p.13]. Dicha posición excluye por tanto todo trascendentalismo, sea religioso o idealista. Por ello Velarde realiza una crítica muy acertada al mismísimo criterio cartesiano de la verdad como evidencia, apoyándose en las críticas de Leibniz, el padre de la lógica

moderna y al cartesianismo, las cuales le parecen, “un buen fundamento para dos tesis que queremos sostener, y que enunciamos a continuación: (a) que la evidencia no sirve ni de definición ni de criterio de verdad; y (b) que, por el contrario, es el acoplamiento de conocimientos (y de verdades) el criterio y definición de los mismos” [p.74]. Dicho “acoplamiento” o *symploké* platónica, lo entiende en sentido constructivista [p.69], extendiéndose en el último capítulo del libro en ilustrarlo mediante ejemplos tomados de la física, de las matemáticas y de la lógica, los cuales son expuestos con toda la claridad que permite una materia tan ardua y difícil.

Lo que nos interesa señalar de dichas ilustraciones es que, por su carácter auto-contextual, están quizás más próximas de una concepción platónico-hermenéutica del conocimiento que de la epistemología positivista en el sentido que le da, por ejemplo Rorty. Una concepción de la verdad que tendría más que ver con Platón y Vico que con Aristóteles o Descartes. Pero en este punto el libro se detiene. Termina comentando textos de Platón. Un final adecuado para quien la filosofía no puede ser justamente más que un continuo y perpetuo diálogo sin final.

Manuel Fernández Lorenzo
Departamento de Filosofía
Universidad de Oviedo
E-33071 Oviedo
E-mail: florenzo@sci.cpd.uniovi.es